

pues la iglesia de Aviñon, dándola á San Rufo por primer obispo; y al fin coronó su largo episcopado con una muerte santa y tranquila.

San Austremonio ó Estremonio se estableció en la ciudad de Auvernia, que así se llamaba hasta el siglo IX la capital de esta provincia, en la cual Clermont no era mas que la ciudadela. Sábese en general que el Santo se hizo recomendable allí por sus trabajos que tuvieron los mas felices resultados; pero carecemos de noticias mas circunstanciadas de ellos. Padeció martirio por el ódio de los judíos, según se dice, y los fieles lo enterraron en Isoira. Diéronle por compañeros á los Santos Sirenato, Marino, Mometo, Antonino y Nectario; y en efecto, los rápidos progresos que hizo la piedad en aquella provincia, dan motivo para creer que fué cultivada por un gran número de operarios. Pretenden algunos autores que la iglesia de Nevers debe tambien su fundación á San Austremonio.

Escogió San Marcial á Limoges para teatro de su mision, y antes de morir tuvo el consuelo de ver destruidos los ídolos y cristiana casi toda la ciudad. Ayudáronle en sus faenas piadosas los Santos Altiriano y Austricliniano, que fueron enterrados con él, aunque en diversos féretros. Este hombre apostólico se hizo de los mas célebres por toda la Galia, y se puso su nombre en las Letanias con los de los Apóstoles: distincion merecida por sus trabajos verdaderamente apostólicos, y no por haber sido uno de los primeros discípulos del Verbo hecho carne, como creyeron algunos equivocadamente.

San Gaciano fundó la iglesia de Tours, ciudad del todo entregada á la idolatría, y sus habitantes, célebres ya desde entonces por su carácter suave, modesto y muy humano, eran intratables sobre el punto de sus supersticiones. Así, los frutos mas pre-

ciosos que recogió el Santo en sus trabajos, fueron las afrentas y persecuciones: veíase obligado á celebrar los divinos Misterios en profundos subterráneos; y aun en el dia se ve cerca de Marmoutier una caverna en una roca escarpada, en donde ofreció largo tiempo el santo sacrificio. Trabajó por espacio de cincuenta años con un celo cada vez mas ardiente en el cultivo de esta tierra ingrata, que por la perseverancia de sus tareas llegó despues á ser un campo muy fértil.

Llegó hasta Paris San Dionisio, Apóstol de Francia, á quien ya nadie confunde con el Areopagita (a), donde fundó una floreciente Iglesia, entretanto que muchos de sus compañeros en el apostolado se esparcieron de órden suya por las ciudades circunvecinas y penetraron hasta la Bélgica. Cuán brillante fuese su mision lo muestra el gran número de operarios que se dice habersele asociado: cuéntanse entre ellos San Taurino, de Evreux; San Rieul, de Senlis; San Santin, á quien las iglesias de Meaux y Verdun reconocen por fundador; San Luciano, de Beauvais; San Quintin, Apóstol de Amiens y del Vermandois; los Santos Fusciano y Victorico, apóstoles de Teruana; y los Santos Crispin y Crispiniano, apóstoles de Soissons. Mas si todos estos ilustres misioneros fueron discípulos de San Dionisio, la mayor parte de ellos no vendrian hasta despues de muchos años á ayudarle en sus grandes empresas; pues padecieron el martirio en el imperio de Maximiano, cerca de cuarenta años despues de la llegada de San Dionisio á las Galias.

Fué ilustrada Tolosa con las luces del Evangelio el año 250, durante el consulado de Decio y Grato. Era esta ciudad como la

(a) No es de este sentir Rohrbacher. Véase lo que sobre el particular dejamos anotado en la página 14.

capital de la supersticion de los galos, y á imitacion de Roma tenia un templo llamado el Capitolio, en el cual habia su oráculo, que de todas partes iban á consultar. Impuso silencio á los demonios la llegada de San Saturnino, el cual no tardó en convertir un número de infieles bastante considerable para formar una iglesia. Establecieron el lugar de su asamblea muy cerca del Capitolio; de suerte que para ir á él Saturnino desde su casa, tenia que pasar precisamente por delante del templo profano; y como le observaban con atencion los pasos, notaron sus enemigos que el oráculo enmudecia cuando él pasaba. Y como los sacerdotes idólatras ademas de sufrir esta humillacion recibian notable perjuicio en sus intereses, declararon un dia al pueblo que el gefe de la nueva secta que se formaba en Tolosa encendia la cólera de los dioses contra esta ciudad hasta entonces tan favorecida del cielo, y que no podia reconciliarse con ellos de otro modo que vertiendo la sangre del delincuente. Era la hora del sacrificio, y ya se acercaba el toro que se habia de inmolar, coronado de flores y cintas, cuando un fanático idólatra dijo viendo de lejos á Saturnino: «este es el enemigo de nuestros dioses, que dice se deben arruinar sus templos y se opone á sus oráculos; pues viene tan á tiempo, ó mitigue la cólera de nuestros poderosos protectores tomando parte en los homenajes que les rendimos, ó sea él mismo la víctima que se les ofrezca en sacrificio.»

Al concluir estas palabras cargó sobre el santo obispo una multitud furiosa, que lo llevó al Capitolio, é instándole á que sacrificase, les dijo: *yo no adoro sino al Ser Supremo, al único Dios verdadero; vuestros dioses no son otra cosa que unos demonios impotentes, ya que temen á Saturnino que no es mas que hombre.*

Estaban los idólatras muy acalorados

para escuchar razones. Ataron pues al Santo por los pies á la cola del toro destinado al sacrificio, y enfurecieron al animal antes de soltarle. En las gradas mismas del Capitolio se estrelló la cabeza de Saturnino, y el toro continuó arrastrándole hasta que se quebró la cuerda. Así consumó su martirio este generoso confesor, despues de haber establecido suficientemente la fé en aquellos pueblos para que se perpetuase despues de su existencia, porque su mision duró diez años, y es menester reducir la época de su muerte, como la de San Dionisio, al tiempo de la persecucion de Valeriano. Dos mugeres cristianas recogieron su cuerpo hecho pedazos, y le sepultaron en secreto. Sobre su sepulcro edificó una capilla San Hilario, tercer obispo de los tolosanos; y en lo sucesivo San Esuperio trasladó las reliquias á una hermosa iglesia llamada de San Sernin, nombre abreviado de Saturnino. El inmediato sucesor de este Apóstol de Tolosa fué San Honorato. A San Honesto, que predicó en Pamplona, y á San Papoul, martirizado en el lugar de su nombre que llegó á ser bastante considerable para que se estableciese despues en él una silla episcopal, se les cuenta en el número de sus discípulos.

A la ciudad de Burges fué tambien á predicar un discípulo de los siete obispos que componian la célebre mision de Fabian, y se cree que fué San Ursino, primer obispo de ella, mas bien que San Seniciano, que es tenido por el segundo. Convirtió Ursino una gran parte de los habitantes, pero de los del pueblo bajo; de manera, que ninguno de ellos tenia casa á propósito para servir de iglesia. Acudieron á un ciudadano poderoso llamado Leocadio, del que tenian formada la mejor opinion, porque aunque pagano era de la familia del Santo mártir Epagato. Correspondió él enteramente á sus esperanzas, y cedió su casa

sin mas interés que un corto reconocimiento de su propiedad. Accion tan generosa le proporcionó la mas preciosa recompensa, pues abrió los ojos á la verdad juntamente con su hijo Lusor, que murió poco despues de haberse bautizado, y es tenido en grande veneracion en el Berri, bajo el nombre de San Lustro. La iglesia en que fué convertida la casa de Leocadio es la de San Esteban, que desde el tiempo de Gregorio Turonense pasaba por una de las mas hermosas de la Galia. Se venera igualmente en el Berri á otros dos Apóstoles llamados Silvano y Silvestre, que se cree son mas antiguos que San Ursino; pero es muy difícil, por no decir imposible, penetrar las tinieblas de una antigüedad tan remota.

Solo á los operarios apostólicos del siglo III puede referirse con seguridad lo que se dice de las diferentes Sillas episcopales de la Francia, pues por esta época se vé difundida copiosamente la luz del Evangelio en todas sus provincias. Fundáronse entonces las iglesias de Saintes, de Sens, de Chartres, de Mans, de Perigueux, del Velai, de Lodeva, de Apt y del Gevaudan. Se tiene comunmente á San Nicasio por primer obispo de Rouen; pero es mas probable que solo era sacerdote, que predicó efectivamente en una parte de la diócesis de Rouen, y que su primer obispo fué San Melon, enviado por el Papa San Esteban. Cada una de las iglesias de Nantes y Albi reconocen como su fundador á un San Clario, sin que conste nada de cierto sobre la época de sus episcopados.

La parte de las Galias, vecina de la Alemania, aunque mas distante de la Italia, se gloria con razon de tener las mas antiguas iglesias. La autoridad de San Ireneo viene en apoyo de las pretensiones de Maguncia y Colonia, metrópolis de las dos provincias germánicas, donde nos dice el santo doctor que en su tiempo ya existian igle-

sias, aunque no por esto se ha de dar entero crédito á lo que se ha pretendido adelantarse despues acerca de la série y obras de los primeros obispos de aquellas ciudades. Puede decirse lo mismo de Tréveris, metrópoli de la primera Bélgica, de la que solo consta la fundacion y gobierno sucesivo por los santos Eucario, Valero y Materno. La iglesia de Strasburgo pretende haber recibido la fé de San Materno, mas no se hallan obispos de esta iglesia antes del siglo IV. La de Metz fué fundada por San Clemente, que llegó allí durante la persecucion, de modo que se vió en la precision de celebrar los Santos Misterios fuera de la ciudad en unas cavernas antiguas del anfiteatro. San Mansuí ó Mansueto estableció el cristianismo en Toul, y hay motivos para presumir que esto no se verificó hasta que la Iglesia gozó de la paz que tanto se apetecía.

No vivió mucho tiempo despues de haber esparcido las luces evangélicas por las provincias de la Galia menos distantes, el Papa San Fabian. Habiale ya llegado el tiempo de recibir la corona que habia merecido por esta grande obra, y añádiósele la del martirio, habiendo sido una de las principales víctimas del furor de Decio el año 250, despues de catorce de pontificado. Esta peligrosa dignidad estuvo vacante cerca de año y medio, y en el entretanto cuidó de esta iglesia el clero de Roma. De aqui puede colegirse cuál seria la crueldad de la séptima persecucion. Dice San Cipriano que hubo en ella invenciones tan crueles que pasaban la esfera de la malignidad humana y no se podian atribuir sino á sujecion de las potestades infernales. No faltaban medios de hacer durar mucho tiempo los suplicios, por mas crueles que fuesen; pues se proponian no tanto quitar la vida á los acusados, sino apurar su paciencia y arrancarles el tesoro de la fé.

mas el Señor tenia sus miras cuando permitia esto al enemigo de su Cristo: no bastaba á este Hijo muy amado una Esposa ó una Iglesia dotada de virtudes comunes; era necesario que estuviese libre de toda flaqueza, y fuese purísima y santísima sin la menor mancha ni deformidad (a). Empero el vigor de los miembros disminuía al parecer al paso de su acrescentamiento, y los fieles, al mismo tiempo que se iban aumentando, dejaron perder bastante la regularidad y fervor primitivo. Segun San Cipriano, muchos de ellos habian olvidado enteramente lo que se practicaba bajo la direccion de los Apóstoles; aplicábanse á acumular bienes temporales con una ansiedad enteramente profana, al paso que no tenian en mucho las riquezas del alma y las obras de misericordia. Principió á verse pocos santos entre los sacerdotes y obispos, que todos sin excepcion debieran haberlo sido: empero muchos de ellos, olvidándose de sus deberes mas llevaderos y esenciales, corrian con una inquietud estéril de provincia en provincia, en vez de cultivar la tierra en donde debian residir, y en la que la mies era muy abundante. En cuanto á los simples fieles, el lujo y la corrupcion de costumbres los tenia generalmente dominados: los hombres cuidaban de su afeite y compostura lo mis-

mo que las mugeres: los miembros de Jesucristo se deshonraban á si mismos, contrayendo alianzas con los paganos: ya no les inspiraban horror las palabras vergonzosas y profanas, ni los juramentos, ni las imprecaciones, ni el perjurio: se escandalizaban los unos á los otros, se insultaban, se despreciaban mutuamente y tenian públicamente entre si ódios y rencores interminables. La prueba que hizo el Señor, queriendo separar á sus verdaderos siervos de los que afectaban serlo, fué tan rigurosa que, conforme á la prediccion del Evangelio, hubiera pervertido á los mismos escogidos, si posible fuese, y asi creyeron muchos que habia llegado el reinado del Anti-Cristo.

Se envió el edicto de persecucion á todos los gobernadores de las provincias; y aunque era tan terrible en todas sus partes, lo ejecutaron de un modo todavia mas espantoso, disputándose entre si quién haria mejor la corte al tirano por su celo impío y con las invenciones mas esquisitas de crueldad (a). De esta furiosa persecucion

(a) Escusado parece decir que en esta cruelísima persecucion tampoco quedó esenta del furor del tirano la Iglesia de España. Tuvo tambien sus gloriosos mártires que sellaron con su sangre la fé que habian recibido. Distingüense entre ellos los Santos Luciano y Marciano, cuyas reliquias se conservan en la iglesia Ausonense, hoy Vich, en Cataluña.

Luciano y Marciano eran dos jóvenes que, entregados á los errores y desórdenes de la gentilidad, se empeñaron en vencer la castidad de una doncella cristiana. Viendo que todas sus gestiones eran inútiles y se estrellaban en la constancia de la virtuosa doncella, apelaron á la magia; mas en vano, no hubo hechizo que fuese bastante para atraerla á que satisficiera los impuros deseos de nuestros jóvenes. Confusos entonces y avergonzados á vista de esto, comenzaron á considerar debia ser grande el poder de Jesucristo que así protegía á la casta y hermosa doncella contra todas sus asechanzas y sugestiones del demonio. Quemaron despues sus libros mágicos, se arrepintieron, y se hicieron cristianos. Acusados como tales y presentados al proconsul Sabino, preguntó este á Luciano cómo se llamaba y qué oficio tenia, á lo cual contestó Luciano: «He sido perseguidor de la ley venerable de los cristianos; pero ahora, aunque indigno, soy predicador de ella.»—Replicóle Sabino: «¿Pues qué cargo tienes para meterte á predicador?»—Respondió el Santo: «Toda alma acostumbra á librar del error á su hermano para ganancia propia y para sacar de los

(a) Estas palabras del autor, y las que parecidas á estas se leen en la Sagrada Escritura y en las obras de algunos Padres y doctores católicos, deben entenderse no en el sentido erróneo de los protestantes, que soñaron una iglesia tan pura, que solo contase entre sus miembros á los fieles perfectos en la virtud, y de ningún modo á los débiles é imperfectos, sino porque la Iglesia es purísima y santísima en su fundador, que es Jesucristo; en su doctrina, que predica la santidad; en su moral, que es la mas pura; en sus dogmas, en su disciplina, en sus sacramentos, que todo va encaminado á hacer virtuosos y santos á los hombres; finalmente, en muchísimos de sus hijos que con una vida santa y pura la han ilustrado, ilustran é ilustrarán hasta la consumacion de los siglos. Su divino fundador Jesucristo la prometió la asistencia continua del Espíritu Santo, y esta asistencia jamás la faltará y siempre y en todo tiempo la preservará del error.

se refiere, que teniendo un mártir todo el cuerpo hecho una llaga, despues de haberle hecho padecer los tormentos de las uñas de hierro y de las planchas hechas ascua, mandó el juez que le untasen todo su cuerpo con miel, y luego le pusieron, atadas las manos detrás, á un sol fuerte y á las picaduras y molestias insoportables de las moscas y demas insectos. Llevaron á otro en la flor de sus días á un delicioso jardín, y lo aprisionaron con ataduras de seda sobre un lecho voluptuoso sembrado de varias flores, colocado á la márgen de un riachuelo que deslizaba mensamente por entre la yerba; en tal estado le dejaron solo, y despues le enviaron una jóven hermosa y

lazos del demonio á aquel á quien este tiene oprimido.» —Volviéndose luego el juez á Marciano, le preguntó tambien cómo se llamaba y cuál era su linage, á lo cual contestó Marciano: «Soy humilde siervo de Jesucristo y de sus Santos Sacramentos.» —Hablando luego con los dos Santos les dijo el procónsul: «¿Quién os ha persuadido á que, dejando el culto de los venerables y verdaderos dioses, os convirtierais al muerto crucificado que ni aun á sí mismo pudo salvarse?» —«Cabalmente, respondió Marciano, ese crucificado que acabas de nombrar es el que nos convirtió, como á S. Pablo, que de perseguidor que era de la Iglesia de Jesucristo fué convertido en predicador de ella.» —No desistió por esto el pro-cónsul; antes bien continuó haciendo los mayores esfuerzos á fin de persuadir á los jóvenes á que adorasen á los ídolos. Mas viendo que se cansaba en vano, y que los Santos permanecian cada vez mas constantes en la fé, mandó que fuesen consumidos por las llamas. Conducidos al sitio donde habian de sufrir el martirio, hicieron una breve oracion á Jesucristo y fueron arrojados al fuego, sellando así con su sangre el 26 de octubre la fé que habian tenido la dicha de abrazar despues que abjuraron los errores y desórdenes del gentilismo. Las Actas sinceras de los mártires, publicadas por Ruinart, no declaran cuál era la patria de estos Santos, ni el lugar de su martirio. Felipe Ferrari, en el catálogo de los Santos que añade al Martirologio Romano, los contrae á Vich, diciendo: *Vici in Hispania SS. martyrum Luciani et Marciani*; si bien en la nota á dicho día 26 de octubre advierte que el referirlos á Vich es porque esta iglesia posee sus cuerpos, mas no por haber padecido allí, inclinándose mas bien á que esto sucedió en África en tiempo de Galesinio. Tambien muchos Martirologios antiguos, y aun el actual Romano, aludiendo á las referidas Actas, los contraen á Nicomedia, si bien dice Tillemont suele confundirse con Nicomedia la Numidia de África. Mas esto no obstante, autores respetables confiesan que Vich tiene fundados motivos para reconocer y venerar á estos dos Santos mártires como nacidos y martirizados en su territorio.

(N. del E.)

agraciada que poseia en sumo grado el arte de la seducción, de suerte que el santo mártir, para poder resistir á tan poderosos ataques se cortó la lengua con los dientes y se la tiró á la cara.

Polieucto, varon distinguido en Armenia por sus bienes y nobleza, se distinguió áun mas en Melitina por su valor y constancia; pues ni todas las comodidades de la vida, ni la esposa que tenia y que era digna de todo su afecto, bastaron para separarle de su firme resolucion; antes bien, sin dar oidos á súplicas ni á quejas, se hizo tan superior á las debilidades de la humanidad, que él mismo animó á que sufriese el martirio á Nearco, su amigo y su primer maestro en la fé.

Confesó de nuevo á Jesucristo San Alejandro, aquel obispo de Capadocia que fué nombrado coadjutor y despues sucesor de San Narciso de Jerusalem, el cual habia adquirido ya el mérito de la confesion cuarenta años antes en su primera iglesia, y murió en la cárcel cargado de años y de tormentos. Tambien el gran Babilés, obispo de Antioquia, finó en aquel tiempo sus dias del mismo modo, y con él murieron los tres niños heróicos que estaban á su cargo. Consumó tambien su martirio en aquella misma época Ambrosio, aquel célebre amigo de Origenes.

Ninguno empero entre tantos generosos atletas fué mas ilustre que San Pionio, sacerdote de la iglesia de Esmirna; habiendo querido la Providencia resarcir con el ejemplo de su constancia el escándalo que acababa de dar á quella iglesia la apostasia de su obispo Eudemon. Aquel celoso sacerdote pasaba la vispera de San Policarpo en el ayuno y oracion cuando le fué revelado que seria preso al dia siguiente en compañía de algunas buenas almas (1). Inmediatamente se puso una cadena al cuello, y

(1) Act. sincer. martyr.

mandó hacer lo mismo á Sabina y á Asclepiades, dos fervorosas cristianas que se encontraban en la iglesia con él, para que cuando el pueblo les viese que se dirigian al templo de los falsos dioses, conociese que iban llevados por fuerza, y no con el designio de sacrificar como los apóstatas. Al dia siguiente fueron en efecto presos por Polemon, guarda del templo y autorizado para esto por los magistrados; y oyendo el pueblo el ruido de las cadenas acudieron á verlos todos indistintamente, judíos y paganos; de suerte que se reunió en la plaza un gentio inmenso. Entonces Pionio, que era elocuente, estendió el brazo y con un semblante animado comenzó á decir: «Ciudadanos de Esmirna, qué haceis alarde de habitar el mas hermoso sitio del universo, y de ser compatriotas del mayor ingenio que produjo el mundo, de Homero; vosotros tambien hijos de Israel, que aquí os hallais presentes, escuchadme. Yo sé que mirais con el mayor desprecio á los cristianos que se presentan para sacrificar, ó que resisten débilmente cuando se les quiere obligar á que lo egecuten. Y en verdad, que siguiendo á vuestro compatriota y maestro, teneis razon en menospreciar á los cobardes; mas él os dice tambien por otra parte que es cosa indigna hacer un juguete de la vida de los hombres. Y vosotros, judíos, ignorais acaso la admirable sentencia del mas sábio y mas grande de vuestros Reyes, que si vuestro enemigo ha caído no se debe triunfar de su caída? Por lo que á mí hace, quiero mejor padecer la muerte, y la muerte mas cruel, que contravenir á las máximas santas que profeso.»

El pueblo y el mismo Polemon respondieron: «No deseamos tu muerte; tu probidad y sabiduria nos inclinan mas bien á hacerte feliz: sigue los consejos de los que te aman, y sacrifica á los dioses; porque fuera gran imprudencia perder sin motivo y voluntariamente la vida con todas sus comodi-

dades.»—El santo confesor respondió: «La vida es un bien muy apetecible sin duda alguna; y el cristiano no abandona por un desprecio ó disgusto estúpido este presente del Autor de la naturaleza: pero lo que preferimos á ella es indudablemente preferible.» «Si vuestro encargo, dijo despues volviéndose á Polemon, es el de convencer ó castigar, castigad desde luego porque no nos convencereis: conformaos siquiera con vuestras propias leyes, que no os mandan violentar ó corromper á los que resisten, sino castigarlos.»

Luego quisieron componerse con él, y le propusieron que sacrificase tan solo al emperador, y por fin que no hiciese mas que entrar en el templo sin sacrificar. Despues le hicieron sufrir tres interrogatorios en forma; y en los intervalos se le volvía á encerrar, como asimismo á sus compañeros, en una cárcel horrorosa por su lobreteguéz é infeccion; mas siempre manifestó el santo atleta la misma constancia. El procónsul Quintiliano, que habia estado ausente mientras los dos primeros interrogatorios, quedó tan admirado en el tercero de la elocuente é inalterable firmeza de aquellos confesores, que largo tiempo estuvo vacilando con su consejo sobre lo que debia hacer. Pero volviendo despues á preguntarles, y dirigiéndose al sábio Pionio, á quien se miraba como director y maestro de los demas, le dijo: «¿Insistes con la misma terquedad en tu primera resolucion? ¿No das siquiera alguna esperanza de que te arrepentirás con el tiempo?»—Pionio contestó enérgicamente que no.—El procónsul le dijo entonces: «Con todo, te doy aún tiempo para que lo reflexiones bien y despacio.»—Pionio respondió: «Es escusado, porque todos estamos resueltos á permanecer firmes en nuestro propósito.»—«Pero tened entendido, replicó el procónsul, que de nada menos se trata que de ser quema-